



TRUN

El Gonfoterio

Diego Muñoz — texto

Luz María Gutiérrez — ilustraciones



Gobierno
de Chile

gob.cl

Ministerio de
las Culturas,
las Artes y el
Patrimonio

Gobierno de Chile

Ministerio del
Medio
Ambiente

Gobierno de Chile



Organización de las Naciones
Unidas para la Alimentación
y la Agricultura



La flora y fauna nativa es un invaluable patrimonio natural, pero a menudo no transmitimos a las nuevas generaciones su importancia y por ello es necesario reforzarla. La riqueza de especies autóctonas aparece como una fuente inagotable de inspiración y representa una oportunidad e invitación a que más personas se empapen con la historia de sus orígenes, para, a partir de ahí, generar contenido propio que refleje su importancia y nos haga sentir orgullosos.

La iniciativa Conservación de Especies Amenazadas, ejecutada por el Ministerio del Medio Ambiente (MMA), implementada por la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), con financiamiento del Fondo Mundial para el Medio Ambiente (GEF), tiene como objetivo incorporar criterios de conservación y uno de ellos es generar educación ambiental.

Esta publicación es una forma de llegar al público infantil con un contenido atractivo, que releva el valor del bosque nativo y en particular, de una especie única como es el queule. Desde el punto de vista pedagógico, la historia de Trun permite aprendizajes de especies ya extintas, así como las que están en peligro de extinción y el hábitat en donde históricamente se han desarrollado. En estas páginas encontramos patrimonio paleontológico, el valor de su identidad y el uso de etimología mapuche, todos aspectos que nos hablan de la importancia de contar historias, nuestras propias historias.



TRUN

El Gonfoterio

Diego Muñoz texto

Luz María Gutiérrez ilustraciones

Para Matilde,
cuya curiosidad e insistencia trajeron a Trun al presente.



Este libro pertenece a:



TRUN

El Gonfoterio



Texto: Diego Muñoz Concha
Ilustraciones: Luz María Gutiérrez Tapia

Agradecimientos:

Por revisar y sugerir mejoras al texto, gracias a Carolina Merino Risopatrón (Profesora de Castellano, Magíster, Académica del Departamento de Lengua Castellana y Literatura de la Universidad Católica del Maule, Talca) y a Mauricio Mora Retamal (Profesor de Castellano y Doctor, Director del Centro Educacional Monseñor Manuel Larraín, Curicó).

Registro de Propiedad Intelectual N°288.714 del 22 de marzo de 2018, Departamento de Derechos Intelectuales, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

ISBN: 978-956-402-225-3

1° Edición, Noviembre 2020

Diseño y diagramación: Luz María Gutiérrez Tapia

Impresión: Impresos Amar y Compañía Limitada.



Presentación

7

LA MANADA DE GONFOTERIOS

8

EL DESCENSO

23

UN NUEVO LUGAR

29

LA DUNA

39

CATÁSTROFE

47

Epílogo

59

Presentación



El fruto del queule, árbol actualmente en extinción, era saboreado por grandes animales hace miles de años en los bosques costeros de Chile. Trun era un joven gonfoterio, un pariente muy antiguo de los actuales elefantes, y junto a su manada se deleitaba con los frutos del queule, llevando en su panza las duras semillas de este magnífico árbol a lugares distantes, donde nuevos queules podían germinar. En este cuento podrás descubrir los peligros que acechan a Trun, como el temible felino dientes de sable, además de otras amenazas inesperadas.

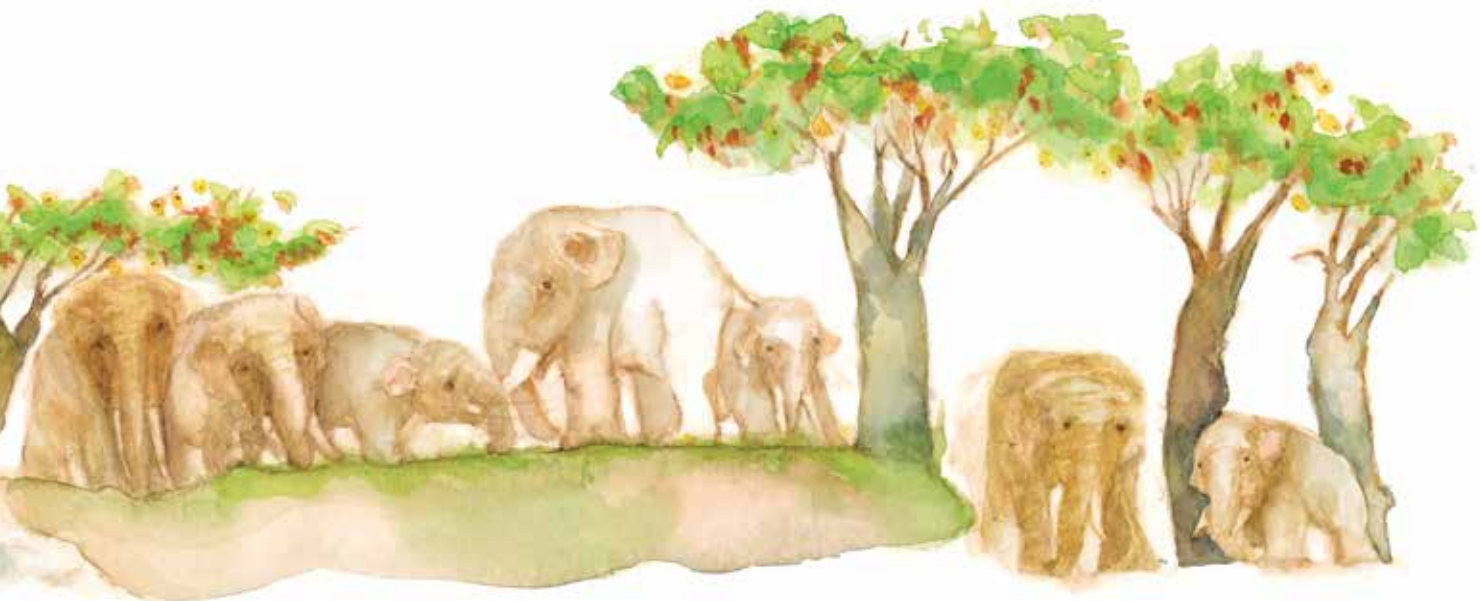
LA MANADA DE GONFOTERIOS

Trun era un gonfoterio,
un animal muy
parecido a un elefante.

Los gonfoterios vivían en el
continente americano -y también
en Chile- hace diez mil años atrás.



Trun había nacido hacía poco, y sólo conocía el bosque montañoso donde vivía con su familia, tan cerca del mar que en los días de calma lo podía escuchar, aunque nunca lo había visto. Para Trun, lo más importante en la vida era mantenerse cerca de su manada, que estaba formada por su mamá, llamada Froquín, su papá, hermanos, primos y, la más importante de todos, la abuela, de nombre Quinquín. Ella guardaba muchos conocimientos útiles, como los lugares donde encontrar comida. Los gonfoterios ramoneaban los arbustos y árboles del bosque.

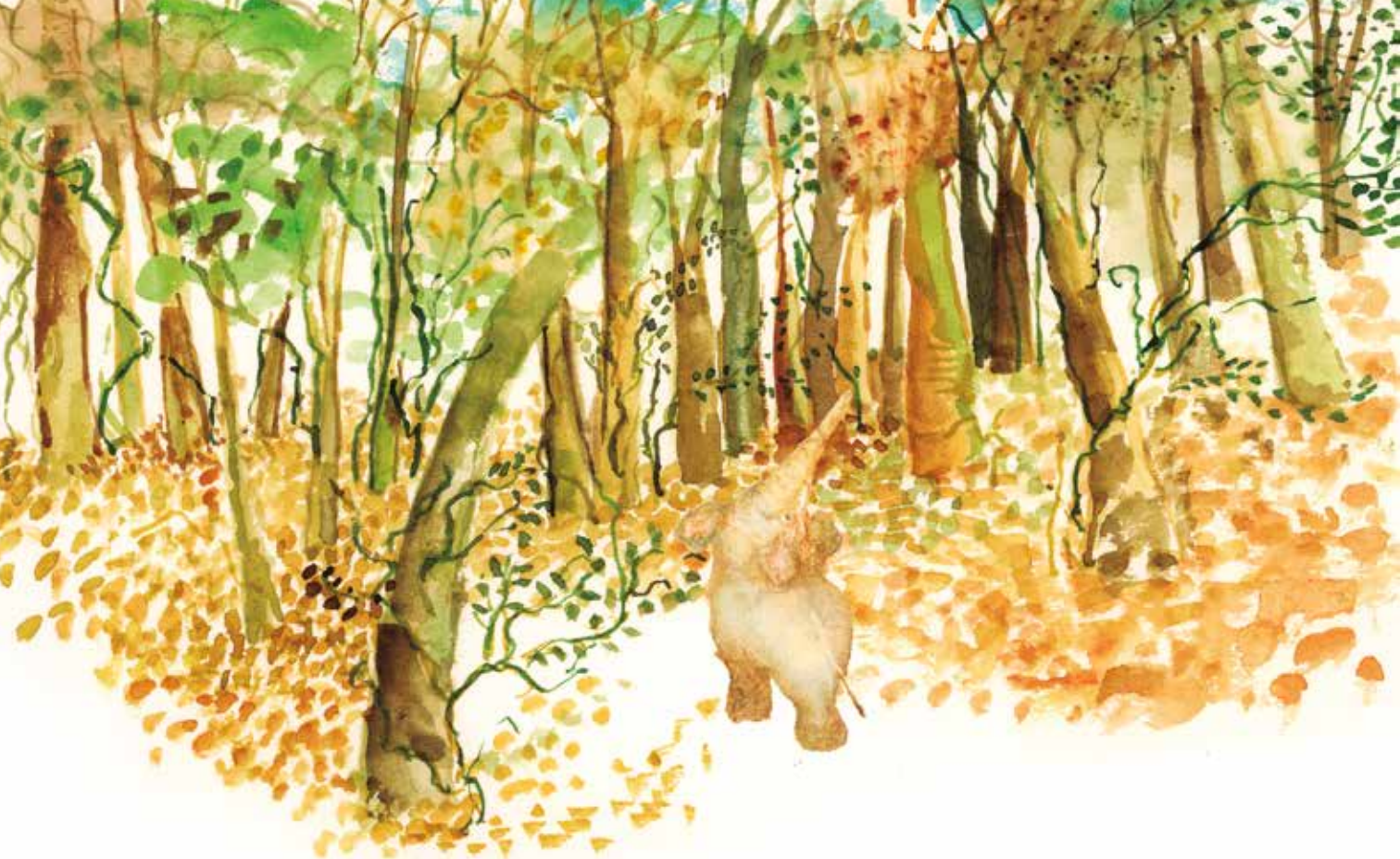






Les gustaba mucho comer hojas de quila, el bambú del bosque chileno. También les encantaba recoger frutos del suelo o de las plantas, por ejemplo los frutos del coile, del copihue y del pitao. Pero uno de sus preferidos era el fruto del queule, que era amarillo y brillante, del tamaño y forma de un huevo. Los gonfoterios se lo tragaban entero, o lo apretaban ligeramente con sus poderosos molares para sentir el sabor de la pulpa, sin masticar el cuesco porque era muy duro.





Una mañana la manada se encontraba en un bosque de queules, ocupadísima recogiendo y comiendo los frutos dorados. Trun estaba muy concentrado eligiendo los frutos más pequeños y amarillos, que eran más dulces. Después de mucho rato de caminar y comer, se dio cuenta de que se había alejado mucho de la manada. Entonces sintió miedo y se quedó muy quieto y atento a los ruidos, para ubicar la posición del grupo. Pero no los escuchaba.

A detailed watercolor illustration of a red-capped woodpecker perched on a thick, textured tree branch. The bird has a vibrant red crest and nape, a long, straight, light-colored beak, and a black body. Its feet are firmly gripping the bark. The background shows soft, green foliage and more branches, suggesting a forest setting.

Percibió un aleteo cercano que le pareció conocido. Era el pájaro carpintero negro, ese de copete rojo que siempre aparece en alguna parte del bosque golpeteando los troncos de los árboles para sacar gusanos.

A watercolor illustration of a small, light-colored animal, possibly a squirrel or a small rodent, standing on the ground. It has a long, thin tail and is looking towards the right. The ground is depicted with some green grass and brown earth.

El carpintero dio un graznido para avisar a Trun que había un peligro cercano. Voló a una rama más baja y visiblemente alterado le dijo:

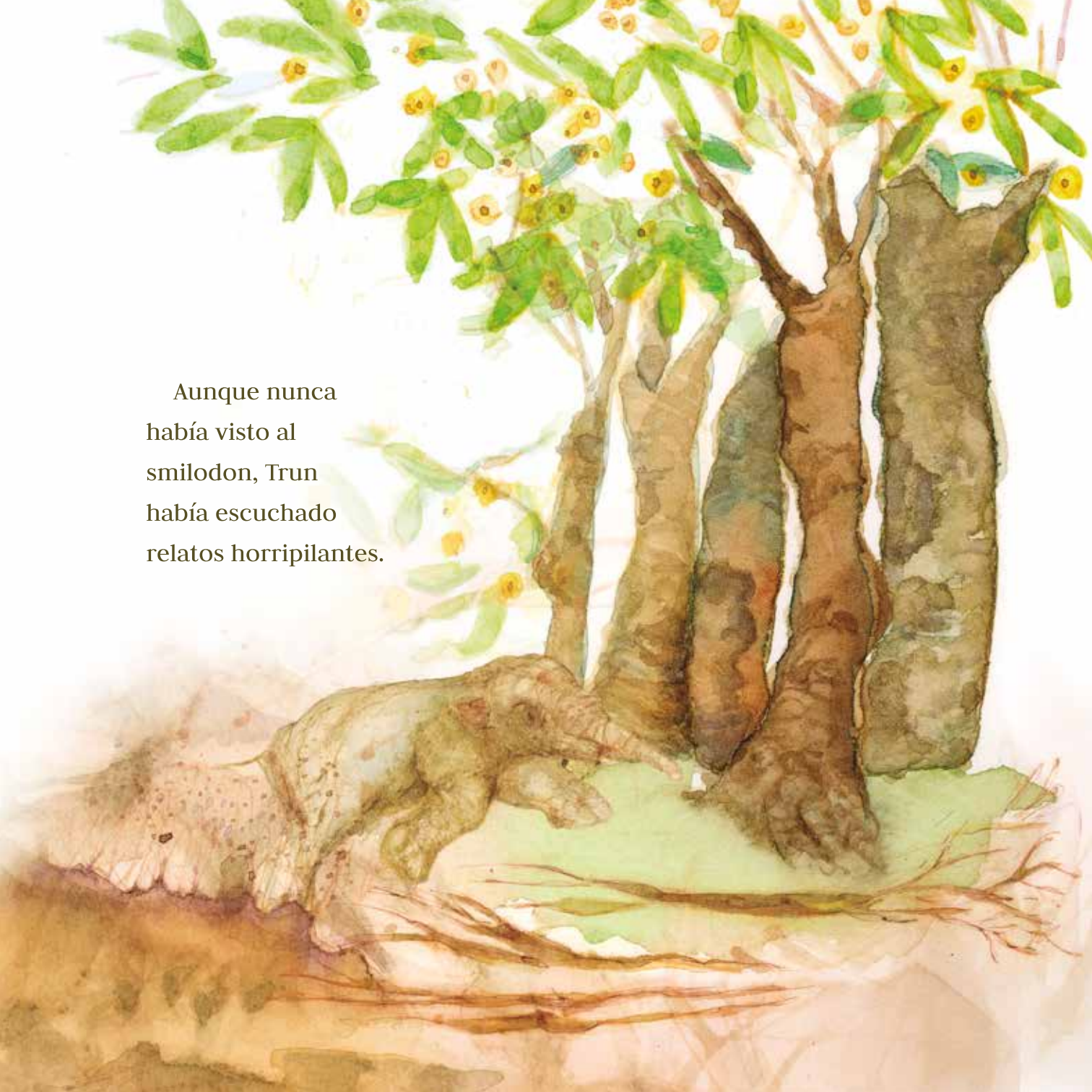


- ¿Qué te pasa, Trun? ¿Acaso no hueles al felino dientes de sable, el smilodon? ¡Debes huir! ¿Dónde está tu manada? - Trun se angustió aún más y se puso a lloriquear, asustado, mientras trataba de contestar con quejidos suaves y roncocos para que el felino no lo escuchara:
- ¡Me he perdido! ¿Por dónde debo regresar a la manada?
- El carpintero le contestó rápidamente:
- El smilodon está más abajo por la ladera, viene subiendo, debes volver a la parte alta, ¡rápido! - Y emitiendo un sonoro graznido echó a volar.





Aunque nunca
había visto al
smilodon, Trun
había escuchado
relatos horripilantes.





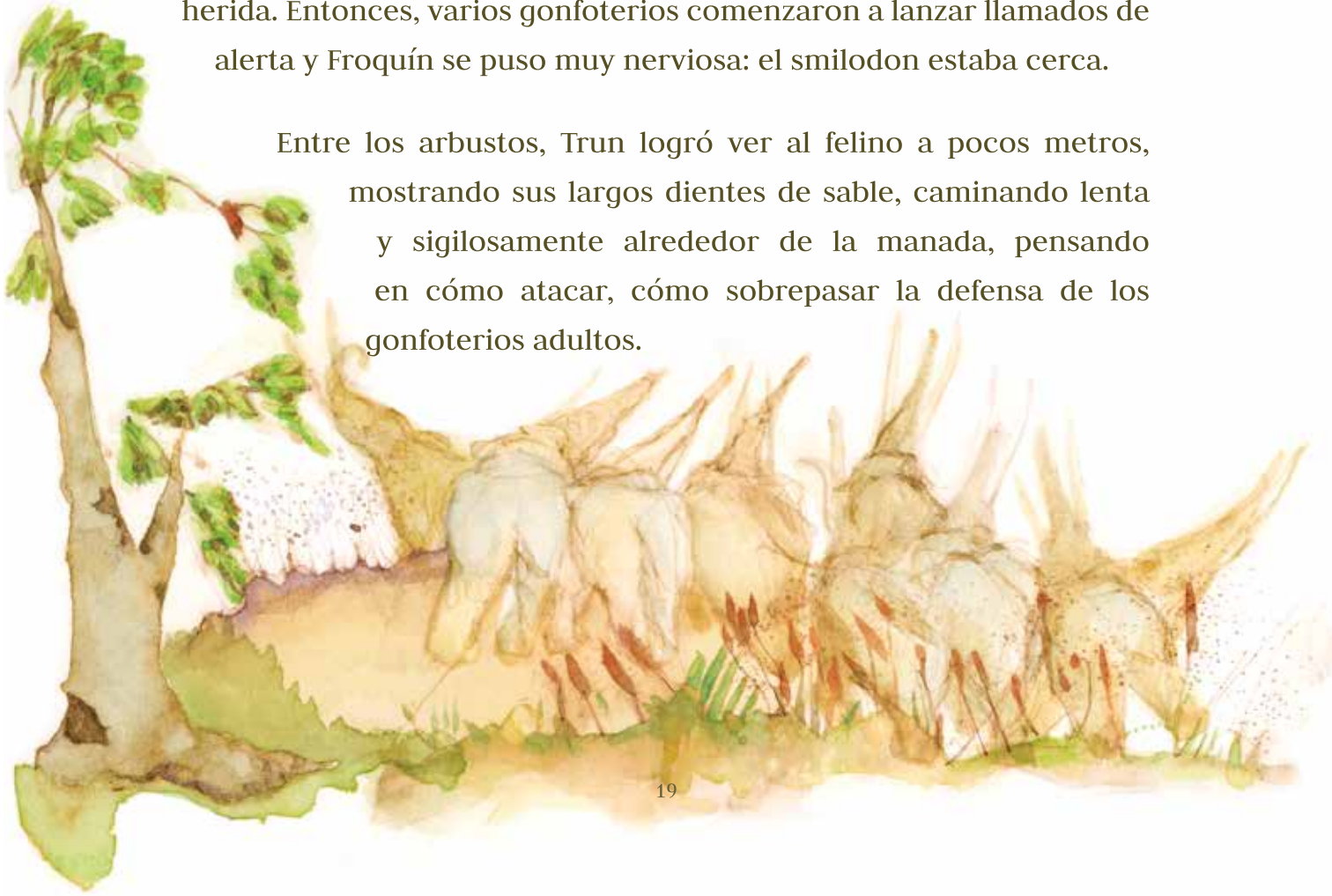
Entonces se puso a correr en busca de la manada. Debido a sus torpes patas y a que en el piso del bosque hay muchos palos secos y arbustos, hacía mucho ruido al avanzar, y temía llamar la atención del smilodon. Pero no le quedaba remedio, debía encontrar a su familia urgentemente.

Luego de los minutos más largos de su vida, se detuvo y escuchó los roncós llamados de los gonfoterios, y entre ellos el inconfundible y dulce trompeteo de su mamá. Entonces dio un brinco y salió corriendo a buscarla, pero no vio bien una rama que estaba muy baja, y se dio un fuerte cabezazo.

El golpe lo obligó a soltar un estridente grito que, por fortuna, llamó la atención de Froquín. Antes de que Trun se diera cuenta, su mamá ya estaba a su lado revisándolo para ver si tenía alguna

herida. Entonces, varios gonfoterios comenzaron a lanzar llamados de alerta y Froquín se puso muy nerviosa: el smilodon estaba cerca.

Entre los arbustos, Trun logró ver al felino a pocos metros, mostrando sus largos dientes de sable, caminando lenta y sigilosamente alrededor de la manada, pensando en cómo atacar, cómo sobrepasar la defensa de los gonfoterios adultos.







El smilodon siempre buscaba al gonfoterio más pequeño e indefenso para cazarlo, y ahora buscaba a Trun. El miedo se apoderó de él y, con su trompa estirada, llamó despacito a Froquín, tratando de tocar su panza.







EL DESCENSO

La manada rodeó a Trun para protegerlo. Su hermano más grande, Clonqui, estaba muy enojado y hacía mucho ruido subiendo y bajando su trompa y moviendo las orejas, para intimidar al smilodon. Los demás gonfoterios se pusieron muy nerviosos porque olían más smilodones que merodeaban cerca. Pronto Quinquín se puso a patear el suelo para intentar ahuyentarlos. Los felinos no se atrevieron a atacar en ese momento, pero la abuela decidió que la manada debía buscar un sitio más seguro, abajo en las llanuras.

Después de varias horas de caminar por los senderos que su manada y otras manadas habían seguido desde épocas inmemoriales, Trun estaba cansado. El peligro inmediato del smilodon parecía haber pasado, al menos por ahora, pero no podía dejar de pensar en esa amenaza. Las patas de Trun eran mucho más cortas que las de los gonfoterios adultos quienes, por el susto, habían caminado apurados todo ese tiempo. Trun tenía que correr tras ellos, pero el cansancio a ratos lo hacía tropezar. Con la angustia de quedar atrás abandonado, gritaba, y entonces Froquín se detenía y lo miraba hacia atrás. Él se paraba, se sacudía, y continuaba.

En un lugar en que el camino pasaba por una ladera muy empinada, la caminata se hizo más lenta y peligrosa. Había una inmensa roca que los grandes animales tenían que rodear con cuidado para no resbalar y caer. Para los gordos gonfoterios adultos, era especialmente difícil retroceder o dar la vuelta sin salirse del estrecho camino. Eran tan pesados que, a veces, el suelo de la ladera cedía y se producía un derrumbe, por eso caminaban despacio y apoyando las patas con mucho cuidado. Trun era pequeño y cabía perfectamente en el camino.



Cuando se acercaban a la enorme piedra, Clonqui, quien iba delante de Trun, aminoró el paso y se detuvo junto a la roca, atemorizado por el precipicio. Trun estaba detrás, muy cerca de su hermano, esperando que avanzara para seguirlo. Pero Clonqui retrocedió un paso y pisó la trompa de Trun. ¡Qué dolor más grande!



Trun chilló y trompeteó un buen rato. Su mamá, quien estaba junto a él, se acercó y lo tocó con su gran trompa, mirándolo para averiguar qué le pasaba. Después de unos minutos, los gonfoterios que estaban detrás de Froquín comenzaron a rezongar porque querían avanzar. Ella estaba detenida con Trun y los demás no podían pasar porque el camino era muy estrecho. Clonqui no se movía.

— ¡Ya pues! ¡Avancen! –trompeteaba un joven atrás, aburrido de esperar detrás del rabo de un adulto.

— Paciencia, paciencia –decía Quinquín con ronquidos graves— más vale lento pero seguro.





A Trun se le iba pasando el dolor, y Clonqui logró avanzar por el sendero, dejando atrás la gran roca. Ahora era el turno de Trun. Entonces comprendió porqué Clonqui se había detenido con miedo justo allí. El camino tenía una pequeña curva y se abría una vista impresionante al valle y al precipicio allá abajo. Trun miró al lejano río, a sus pies, y sintió un vértigo que se convirtió en escalofrío. Los pelos de su lomo, y hasta de sus orejas, se erizaron. Se sintió mareado y por un momento pensó que caería al vacío. Detrás del pequeño gonfoterio, Froquín adivinó lo que le pasaba, y lanzó un ruidito suave y tranquilizador, tocándolo con la trompa. Él fijó la vista en las huellas de su hermano, y pudo continuar.

UN NUEVO LUGAR

En el largo y cansador descenso, la manada bajó por las laderas de las montañas que miran al oriente y al norte, llegando a las planicies. Era un lugar abierto, con pocos árboles pero abundante pasto. La manada se quedó varios días allí porque era un sitio favorable. Había mucho que comer y era difícil que un smilodon se aproximara sin ser oído o visto por alguien de la manada. Además, si algún felino se atreviera a acercarse, la manada se reuniría formando un grupo compacto, con los más pequeños al centro y los más fuertes en la periferia, pateando y trompeteando para ahuyentar al predador. Cada vez que Clonqui le recordaba todo esto a su hermano Trun, éste pensaba en el episodio vivido antes de bajar de la montaña.





Trun pensaba que los meses de invierno eran grises y no le gustaba el constante viento frío que ondeaba sobre la pradera. Sin embargo, el lugar también mostraba aspectos nuevos para él, cosas que en los bosques de la montaña no habría imaginado. A veces, veía a lo lejos un rebaño de guanacos que pastoreaba en los bordes de la pradera, y también escuchaba al guanaco macho relinchando, seguramente cuando olía algún zorro que merodeaba cercano.





Un día, después de una fría tormenta, hubo un hermoso momento de sol. Las gotas en el pasto brillaban y la manada de gonfoterios se dirigió a la playa del río para untarse el cuerpo con arena y barro. Toda la mañana estuvieron con las patas en el agua. Con la trompa recogían agua y barro para luego tirarlo arriba en el lomo. Froquín ayudaba a Trun en la sesión de limpieza, porque él no lograba embadurnarse bien el cuerpo. La abuela Quinquín aprovechó el descanso para comunicar al grupo que pronto debían buscar un nuevo terreno de pastoreo.



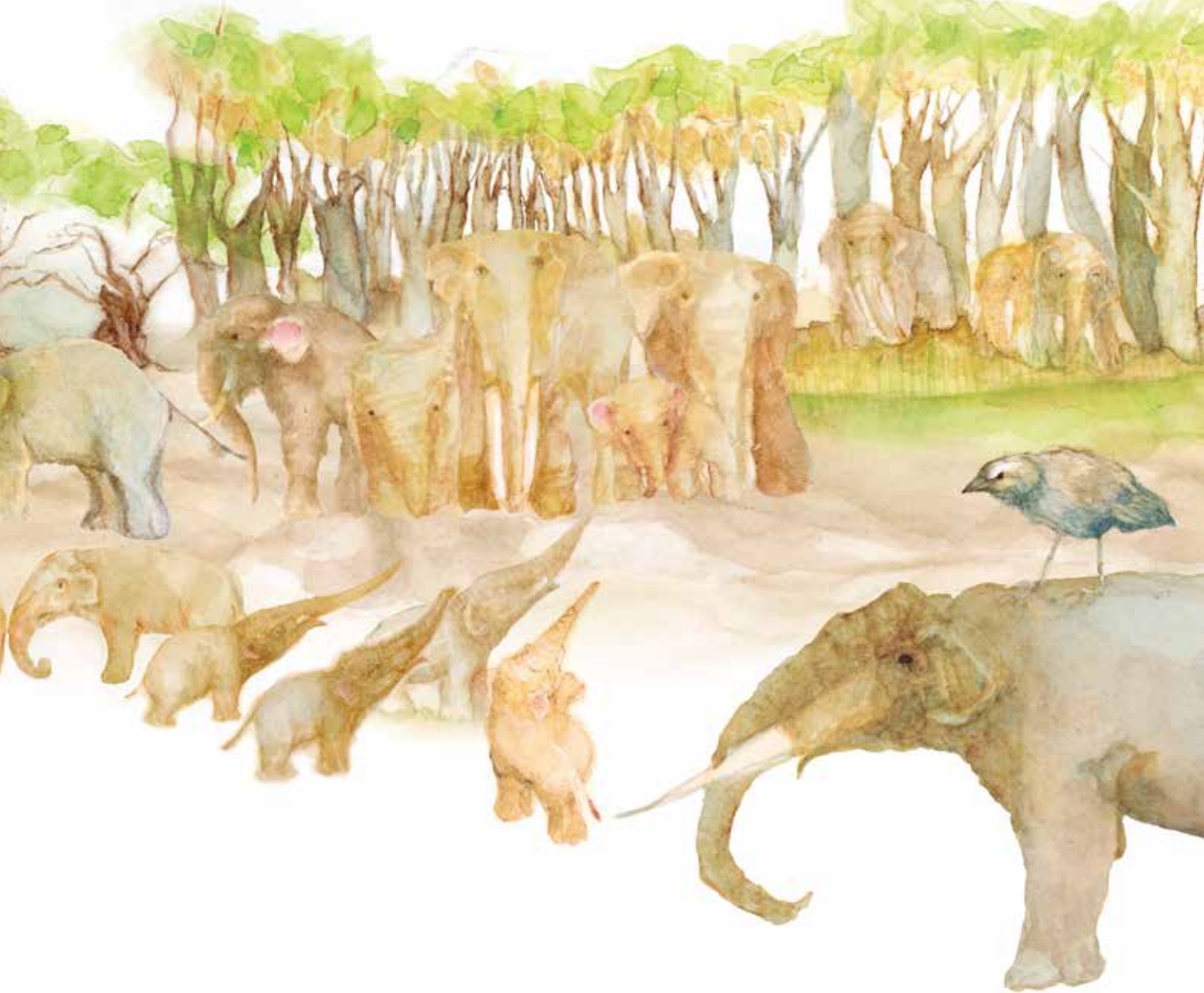


Repentinamente, la manada comenzó a producir unos sonidos que eran nuevos para Trun. Se preguntó qué pasaba. Entonces, los adultos comenzaron a moverse lentamente de un lado a otro y, levantando la trompa, hacían mucho ruido, aunque sin dar señales de alarma o peligro. Trun no comprendía qué sucedía, pero como percibió un ambiente tranquilo no se angustió. Al fin, escuchó un ruido cercano al río, aguas arriba, y distinguió no muy lejos algo que nunca había imaginado y que lo dejó atónito: ¡otra manada de gonfoterios!

Los dos grupos se reunieron y se mezclaron. Unos a otros, los gonfoterios se saludaron, dándose golpecitos en el lomo y en los costados, emitiendo sus ronquidos suaves, cada uno con su tono característico, conversando y relatando sus historias. Todos los integrantes de la otra manada eran extraños para Trun, pero la abuela Quinquín se veía tan contenta que Trun sintió mucha confianza. Venían del otro lado del río, que solo se podía cruzar por un vado, ese lugar donde el río se ensancha y el agua es poco profunda. El vado estaba muy lejos de allí, a varios días de caminata en dirección a la cordillera, aguas arriba.



Entre las patas de los gonfoterios adultos de la otra manada había algo. Trun se movía tratando de distinguir, pero las sombras eran confusas. De repente se produjo un espacio y apareció una gonfoteria pequeña. Asombrado y maravillado, Trun se acercó. Ella levantó la trompa en un gesto tímido. Pasaron el resto del día chapoteando y tirándose barro y agua, como si fueran amigos de toda la vida.

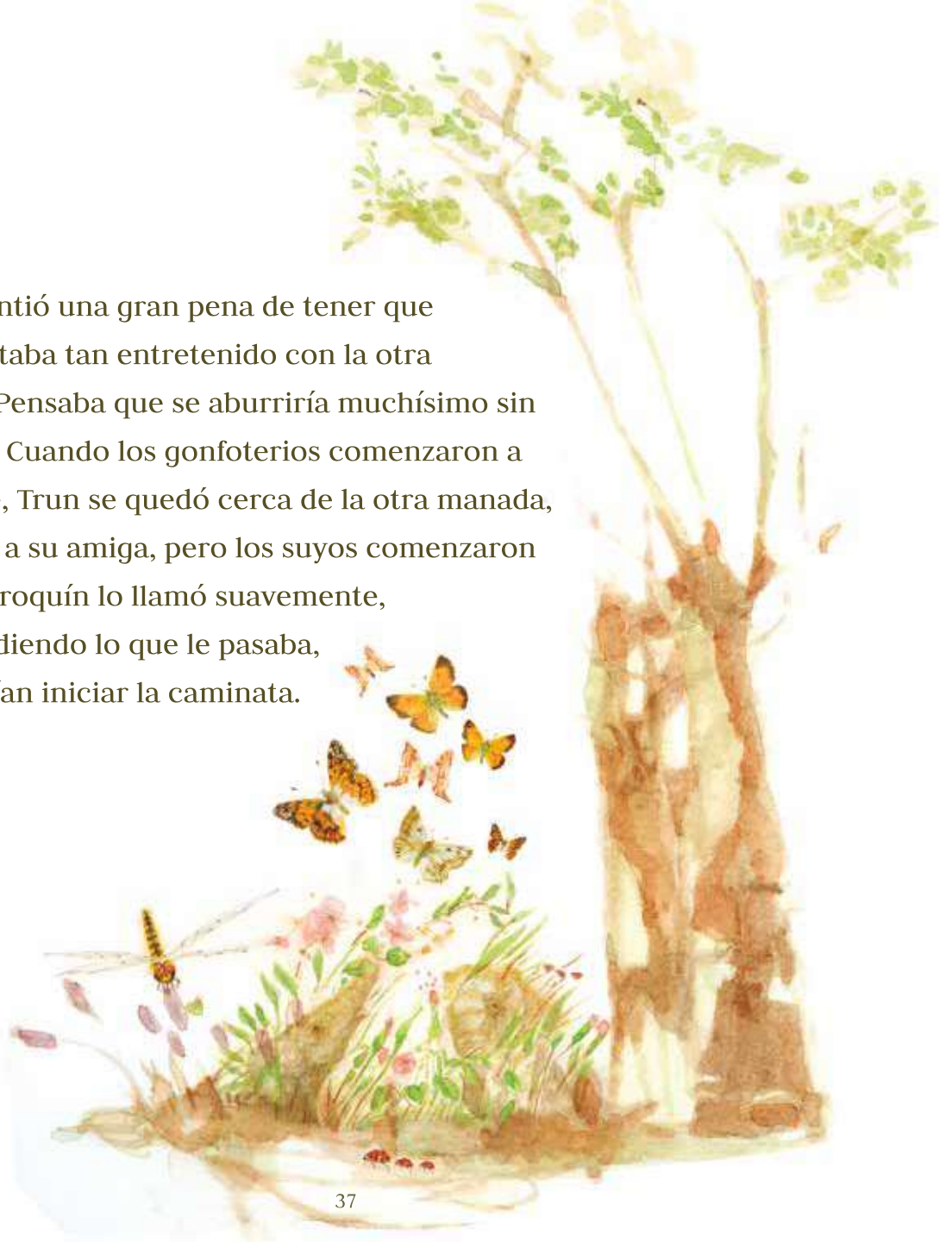


An illustration of a herd of elephants crossing a river. Several elephants of various sizes are in the water, with some partially submerged. The background is a soft, painterly style with green foliage and a light blue sky.

Algunos días después,
un viento muy frío que venía de
los glaciares del sur comenzó a soplar sin descanso sobre la pradera,
que tenía ahora poco pasto luego del intenso ramoneo (alimentación
de los animales). Las manadas no podían quedarse más tiempo allí,
tenían que desplazarse para buscar nuevos terrenos de pastoreo. Los
gonfoterios volvieron a mezclarse para el rito de saludos, esta vez de
despedida. Una manada debía volver río arriba para buscar el vado y
luego cruzar hacia el norte, siguiendo la ruta hacia extensas praderas.
La manada de Trun, en cambio, siempre dentro de su propio territorio,
seguiría la orilla del río aguas abajo, hacia el mar, donde había planicies
con arbustos y hierbas comestibles.



Trun sintió una gran pena de tener que partir, ¡estaba tan entretenido con la otra manada! Pensaba que se aburriría muchísimo sin su amiga. Cuando los gonfoterios comenzaron a separarse, Trun se quedó cerca de la otra manada, llamando a su amiga, pero los suyos comenzaron a partir. Froquín lo llamó suavemente, comprendiendo lo que le pasaba, pero debían iniciar la caminata.





LA DUNA

Luego de una jornada de marcha tranquila, la manada estaba ya cerca de la costa. Trun escuchaba un rumor que parecía aumentar con algunas ráfagas de viento, y que lo tenía muy intranquilo. Clonqui lo miró de reojo y sonrió para sus adentros, recordando cuando hacía un par de años, en ese mismo camino, él también se sentía así. Había una pequeña barrera de dunas cubiertas de pasto y arbustos, y ahora el rumor, transformado en bramido constante, se mezclaba con una brisa salobre y fresca. Trun no entendía de dónde venía ese olor, ni el fuerte y constante ruido, pero si la manada avanzaba a paso firme, él no podía hacer otra cosa que seguirlos. Cuando llegaron a la parte alta de la duna, el pequeño llevaba los ojos clavados al suelo. La jornada había sido tan larga que estaba extenuado. Sin despegar la vista del sendero, seguía caminando detrás de Froquín, mientras la manada iba en fila, bajando hacia la playa. Como el rumor era ahora tan fuerte, Trun levantó la mirada. Quedó estupefacto al ver esa inmensa cantidad de agua azul, y la maravillosa línea del horizonte.



Cuando descendían por el camino arenoso, una gran ola comenzó a formarse y reventó con estruendo. Aunque estaban lejos, Trun no pudo resistir el pavor. Moviendo sus orejas y levantando la trompa, se devolvió corriendo a la parte superior de la duna mientras trompeteaba lo más fuerte que podía, llamando a todo el resto del grupo.

La manada se detuvo y algunos gonfoterios miraron atrás. Froquín levantó las orejas y dio unos pasos hacia Trun, llamándolo con un trompeteo fuerte pero tranquilizador. No pasaba nada.



Clonqui ya estaba con las patas en el agua, pero Quinquín lo llamó con ronquidos enérgicos. Más de algún gonfoterio que había entrado al mar en esa playa no pudo salir. Había corrientes fuertes y la pendiente de arena era muy pronunciada cerca de la orilla. La manada se detuvo un largo momento para rociarse el lomo con arena seca.

No lejos de la playa se formaban lagunas poco profundas con algo de pasto y muchas plantas y arbustos. La mayoría de estas plantas eran desconocidas para Trun, pues no crecían ni en las montañas ni en las praderas cerca del río. Algunas eran muy sabrosas, pero otras eran duras y rasposas. Había algunas que tenían espinas, y generalmente entre ellas crecían las plantas más apetecidas por los gonfoterios, pues en otros lugares ya se las habían comido todas. Trun trataba de seleccionar las más ricas, pero no era fácil. A veces, se llevaba a la boca un manojo de ramas amargas que enseguida trataba de sacar con la trompa. Más de alguna vez se pinchó la lengua. Sin embargo, el hambre y la dificultad para encontrar plantas sabrosas hacían que optara por comer lo primero que encontraba.





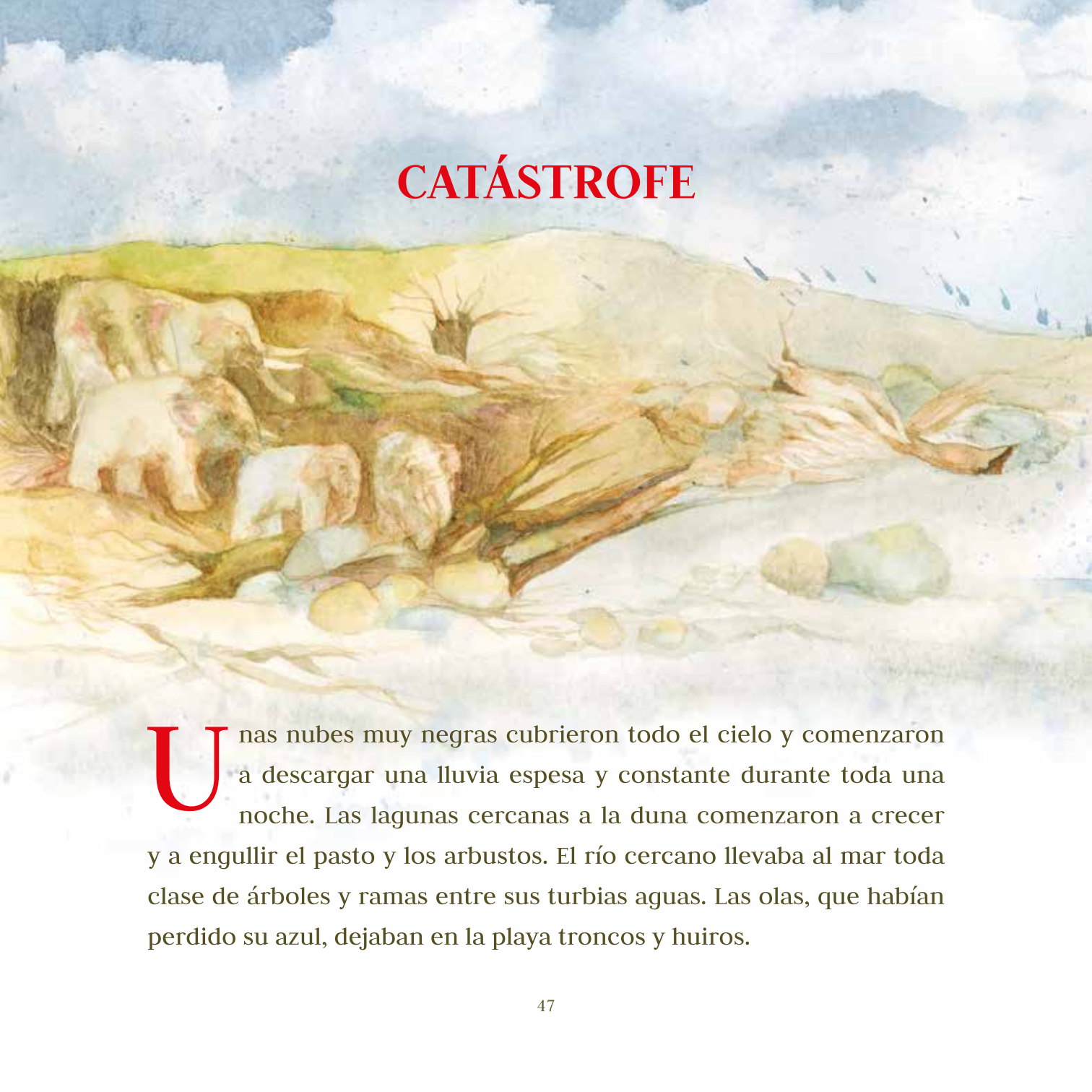
Tras varios días en ese lugar, durante una tarde sin viento y de sol tibio, Trun se sentía muy hambriento. Encontró en la orilla de la laguna unos arbustos de hojas blandas. Tenían un sabor extraño pero no completamente desagradable. Después de un buen rato de comer allí, comenzó a sentirse mal, veía borroso y no podía tenerse en pie. Finalmente perdió el conocimiento.



Trun despertó súbitamente con un chorro de agua que su madre le lanzó con la gran trompa. Froquín lanzó un bramido de alivio cuando vio que su pequeño despertaba. Pero él se sentía mareado y se quedó acostado sobre la hierba verde, aún intoxicado por las plantas venenosas que había comido. Froquín le traía manojos de ramas sabrosas para que se alimentara. Quinquín le acercó un pequeño puñado de una planta que olía muy fuerte, pero era agradable. Aunque Trun no la conocía, se dio cuenta de que la abuela le daba un remedio, por lo que comió completamente esa planta y todas las ramas que le trajeron.

Después de varias horas se sintió mejor y se incorporó para acercarse al agua y beber. Entonces la manada se reunió y con ronquidos bajos y repetidos acordaron moverse a otra laguna ubicada más al sur, siempre cerca de la playa. En los días siguientes, Froquín se dedicó especialmente a acompañar a Trun, enseñándole dónde encontrar plantas sabrosas y cómo distinguir y evitar las plantas tóxicas mediante el olor.





CATÁSTROFE

Unas nubes muy negras cubrieron todo el cielo y comenzaron a descargar una lluvia espesa y constante durante toda una noche. Las lagunas cercanas a la duna comenzaron a crecer y a engullir el pasto y los arbustos. El río cercano llevaba al mar toda clase de árboles y ramas entre sus turbias aguas. Las olas, que habían perdido su azul, dejaban en la playa troncos y huiros.

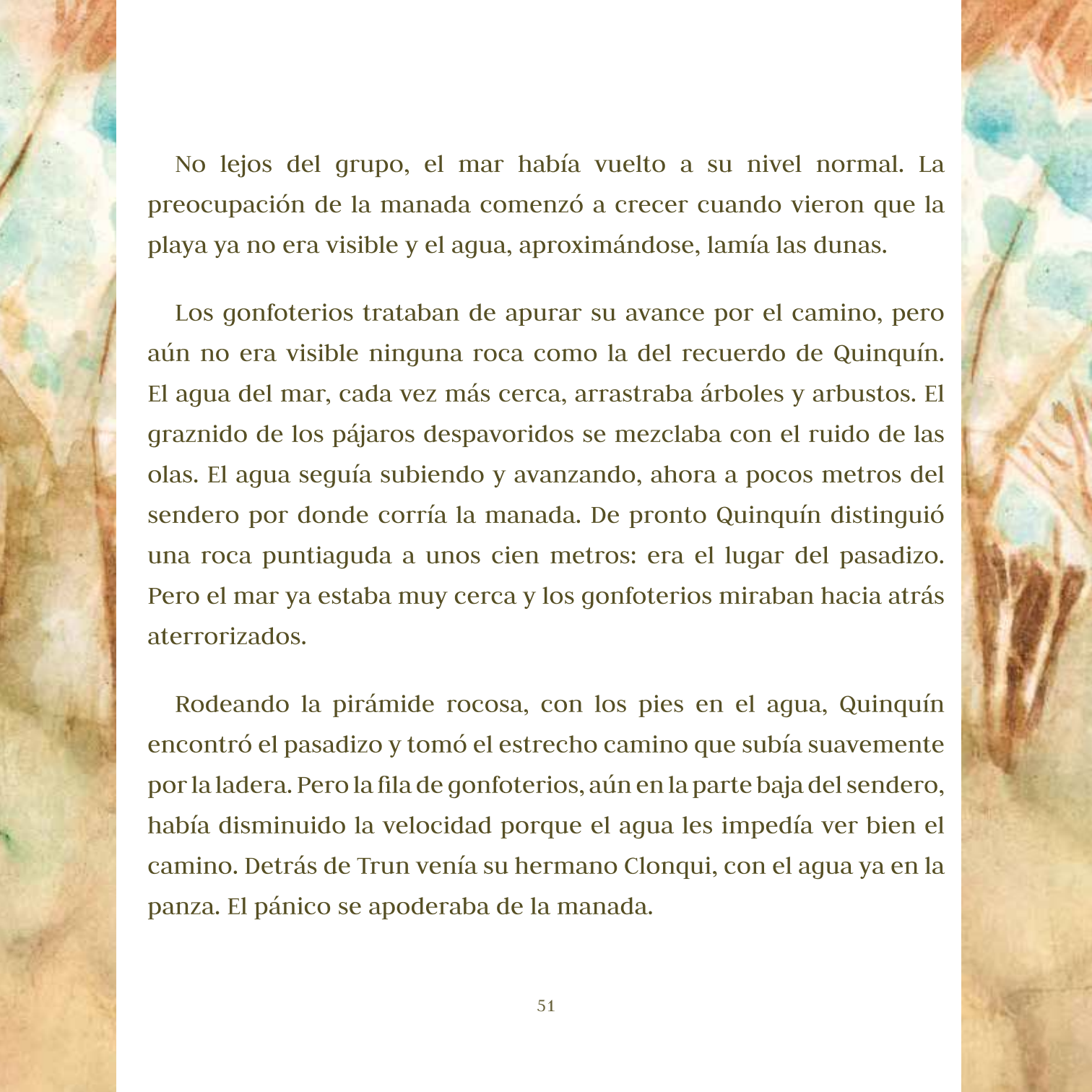
Muy temprano en la mañana, la manada se alejó de la orilla del mar, desplazándose por la suave pendiente hacia la base de los cerros. No había caminos que subieran las empinadas montañas allí, pues el bosque era muy denso. Además, una pared de piedra parecía bordear toda la base del cerro. Sin embargo, la memoria de Quinquín guardaba en algún lugar el recuerdo de una roca especial con forma de pirámide, tras la cual había un pasadizo que conducía hacia las montañas por un oculto sendero a través del bosque enmarañado.



De pronto, los gonfoterios más grandes levantaron las trompas en un gesto de alarma y desconcierto. Había dejado de llover y el sol alumbraba. Cientos de gotas brillaban colgando de las ramas, pero algo más pasaba. Entonces Trun también escuchó el profundo sonido que parecía viajar desde las profundidades de la tierra. Todos se movían inquietos, pero no se dirigían a ningún lado. Trun, angustiado, no se despegaba de Froquín. Como un presagio, una bandada de bandurrias pasó volando sobre la manada de gonfoterios, dejando una estela de graznidos. El suelo comenzó a moverse, y Trun se sintió como cuando había comido las plantas tóxicas. Un remezón más fuerte obligó a la manada a trompetear, mientras los árboles parecían bailar. Grandes rocas se desprendieron de las partes más altas y empinadas de las laderas, produciendo derrumbes. Muchos pájaros salieron del bosque asustados. Sobre las olas volaban bandadas de gaviotas y otras aves marinas. Los minutos más terribles parecían alargarse interminablemente, pero poco a poco el ruido y el movimiento fueron disminuyendo. Las gaviotas volvieron a posarse en la playa. Entonces, lentamente, el mar comenzó a retroceder y quedaron a la vista muchas rocas y lagunas. Ahora había un gran silencio. Los gonfoterios ya estaban más tranquilos, y algunos comenzaron a ramonear.



Pero pese a la visible calma de la manada, Quinquín, rezongando y al parecer apurada, comenzó a rodearlos y empujarlos. Con sus ronquidos les decía y repetía que hace mucho tiempo le contaron que cuando el mar retrocedía había que huir a las montañas, porque luego el agua volvía y subía inundando y ahogándolo todo. Después de un rato, Quinquín logró que la manada se pusiera en movimiento, ella dirigiendo la marcha por un sendero que bordeaba las rocas en la base de las montañas. Caminaban hacia el sur, pero no había paso para subir al bosque. La abuela se preguntaba si su recuerdo de la roca piramidal era real o si más bien sería su imaginación.

A watercolor illustration of a coastal scene. On the left, there are tall, thin trees with green foliage. A path leads from the bottom left towards the center. On the right, there are more trees, some with reddish-brown trunks and green foliage. The background is a mix of light blue and green washes, suggesting a body of water and a sky. The overall style is soft and painterly.

No lejos del grupo, el mar había vuelto a su nivel normal. La preocupación de la manada comenzó a crecer cuando vieron que la playa ya no era visible y el agua, aproximándose, lamía las dunas.

Los gonfoterios trataban de apurar su avance por el camino, pero aún no era visible ninguna roca como la del recuerdo de Quinquín. El agua del mar, cada vez más cerca, arrastraba árboles y arbustos. El graznido de los pájaros despavoridos se mezclaba con el ruido de las olas. El agua seguía subiendo y avanzando, ahora a pocos metros del sendero por donde corría la manada. De pronto Quinquín distinguió una roca puntiaguda a unos cien metros: era el lugar del pasadizo. Pero el mar ya estaba muy cerca y los gonfoterios miraban hacia atrás aterrorizados.

Rodeando la pirámide rocosa, con los pies en el agua, Quinquín encontró el pasadizo y tomó el estrecho camino que subía suavemente por la ladera. Pero la fila de gonfoterios, aún en la parte baja del sendero, había disminuido la velocidad porque el agua les impedía ver bien el camino. Detrás de Trun venía su hermano Clonqui, con el agua ya en la panza. El pánico se apoderaba de la manada.



Trun cayó empujado por una ola y lanzó un angustioso bramido. Al escucharlo, Quinquín miró atrás muy alarmada. Clonqui, con los ojos desorbitados, bramaba mientras una ola le cubría el lomo. Sin embargo, logró incorporarse y empujó a Trun con la trompa, al tiempo que sus patas traseras resbalaban bajo el agua. Froquín alargó su trompa tomando con fuerza la de Trun. Una ola aún más grande cubrió a Clonqui completamente, quien desapareció bajo las turbias aguas. El resto de la manada lanzó un impotente quejido de horror. Quinquín se devolvió unos metros para ver mejor, gritando fuertemente sin poder creer lo que pasaba. Luego de interminables minutos, todos comprendieron que era inútil permanecer allí.



Penosamente, uno a uno, los gonfoterios fueron subiendo por el camino, dejando atrás el agua, que seguía aumentando de nivel. Trun, mojado y aterrado, jadeaba y corría tratando de seguir el paso de la manada. Sintieron algunos golpes y crujidos de árboles que se quebraban, pero ninguno se detuvo para voltearse y mirar qué pasaba más abajo. No querían arriesgar la vida de nadie más. Todos estaban concentrados en poner su máximo esfuerzo en el ascenso por la empinada ladera.

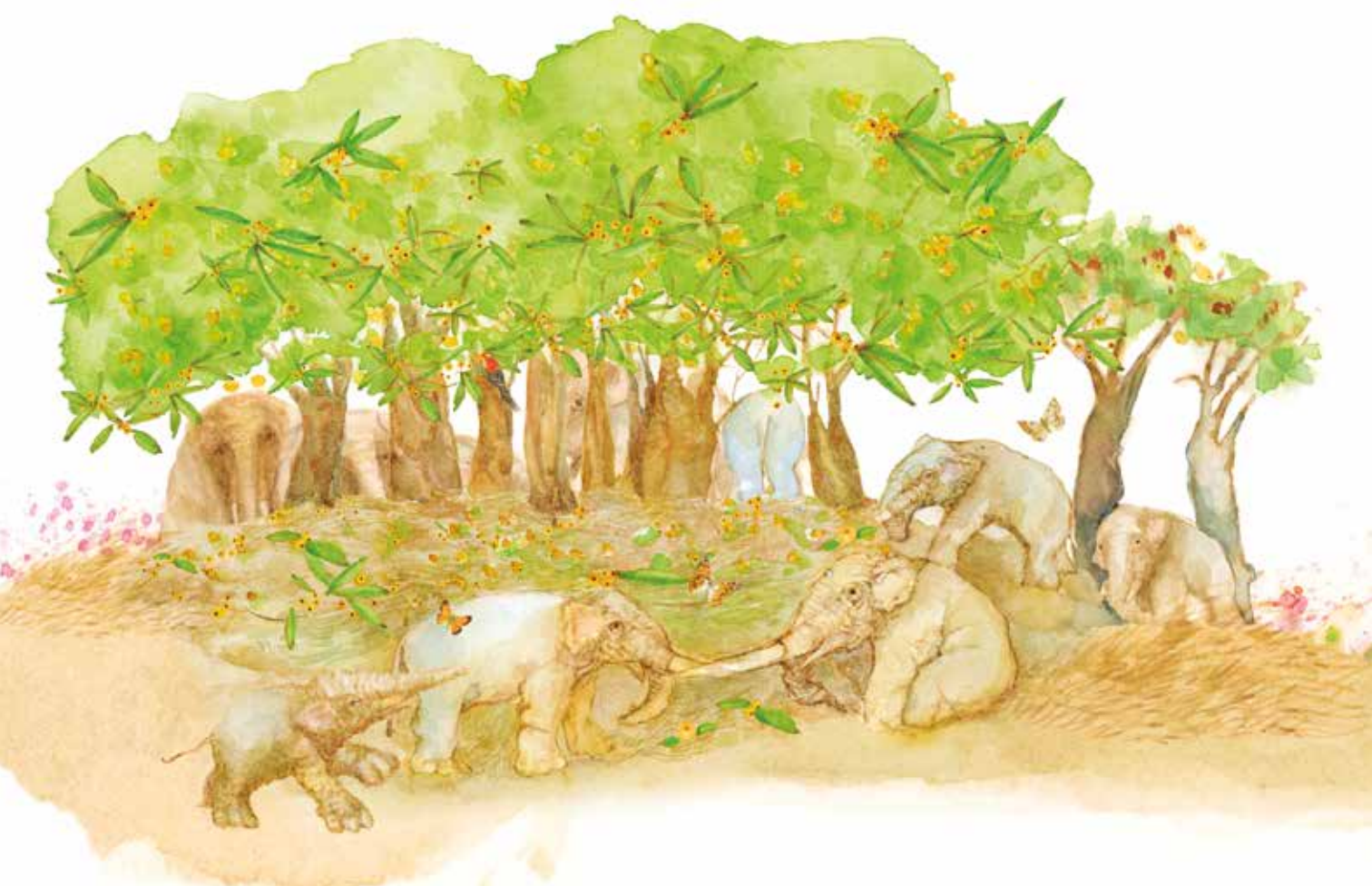
Después de largo rato de marcha forzada, los gonfoterios disminuyeron el paso e intercambiaron ronquidos para asegurarse de que todos estaban bien. El miedo estaba siempre presente. El bosque era denso y no permitía ver qué pasaba abajo en la costa. Los gonfoterios más jóvenes aún dejaban escapar quejidos de tristeza. La pendiente aún era muy empinada, pero el sendero la recorría subiendo suavemente entre los árboles. Continuaron la caminata, ahora a un ritmo más tranquilo, manteniendo la marcha, que se alargó por muchas horas.

Cuando la luz comenzaba a disminuir para anunciar la llegada de la noche, la manada alcanzó las cumbres de las montañas, todas cubiertas de bosques. Los gonfoterios todavía sentían el olor del miedo, a pesar de que ahora una gran distancia los separaba de la costa, y el mar se encontraba lejos, allá abajo. Trun, muy cansado por la larga caminata, inadvertidamente pisó algo sobre la hojarasca del bosque. Al observar el suelo, se percató de que era un fruto amarillo. Rápidamente recordó al smilodon y, como si adivinara su pensamiento, el aleteo de un pájaro carpintero lo devolvió al presente. Después de todos estos meses, ahora Trun estaba más grande y no era presa tan fácil para un felino. Además, sabía que no debía alejarse de la manada. Ya conocía bien el peligro que representaba el smilodon.



Quinquín percibió la preocupación de Trun, y lo calmó con sus lentos gruñidos. La trompa de Froquín rozó el lomo de Trun. A pesar de la pérdida de un gonfoterio, la manada aún sobrevivía. Repentinamente, los animales percibieron la presencia de algo que se movía un poco más allá, en el bosque. Con preocupación y en silencio, levantaron sus trompas buscando el olor que identificara al extraño. ¿Era el smilodon? Reconociendo el aroma, Trun se movió unos metros, rastreando con la mirada y el corazón acelerado. Entonces, lanzó un estruendoso grito de alegría, distinguiendo entre las sombras de otra manada de gonfoterios, la silueta de su amiga.





El último rayo del sol entró oblicuo al bosque e iluminó maravillosamente la hojarasca, haciendo brillar innumerables frutos dorados. Froquín trompeteó, dando la partida al festín de la nueva gran manada bajo el bosque de queules.

Fin



Epílogo



Se han encontrado huesos fósiles de gonfoterios en muchas partes de Chile, desde el norte chico hasta Puerto Montt, lo que quiere decir que vivían en toda esa zona del país. Los gonfoterios, al igual que los elefantes modernos, se alimentaban de toda clase de plantas, incluyendo pasto, hojas de arbustos y árboles, y también frutos de gran tamaño. La fauna de ese entonces estaba formada además por otros animales, como *Similodon*, el felino dientes de sable.

Durante las glaciaciones, grandes extensiones de terreno en el sur de Chile estaban ocupadas por hielos que llenaban las partes bajas formando glaciares. En la Cordillera de la Costa, que está cerca del mar y por lo tanto no es tan fría como el interior del país, los bosques y sus animales encontraron refugio. Algunos árboles pudieron sobrevivir hasta nuestros días, como el queule y el pitao.

Los nombres de los personajes de la manada de gonfoterios son voces del mapudungún que corresponden a plantas de Chile cuyas semillas tienen ganchos para sujetarse al pelaje de los animales: Trun (*Acaena trifida*), Froquín (*Acaena ovalifolia*), Clonqui (*Xanthium spinosum*), Quinquín (*Uncinia phleoides*). Las semillas de estas plantas son dispersadas por animales modernos como vacas y caballos. Seguramente eran también llevadas por animales que se extinguieron, como gonfoterios, caballo americano, y paleolama.



Diego Muñoz Concha trabaja en la Escuela de Agronomía de la Universidad Católica del Maule hace 20 años, impartiendo clases y realizando investigación científica en especial sobre el árbol nativo queule (*Gomortega keule*), además de temas relacionados con biodiversidad y especies de plantas nativas y con problemas de conservación. Ha publicado artículos de investigación y capítulos de libros científicos, y guiado numerosos trabajos de tesis de pregrado. Una de sus actividades favoritas es la fotografía de naturaleza y las caminatas de montaña.

Luz María Gutiérrez Tapia es artista y diseñadora gráfica. Ha ilustrado numerosas publicaciones usando las técnicas de acuarela, pluma, tinta y grafito. Desde su *Taller de Diseño e Ilustración Xenética* (Talca) apoya permanentemente la promoción de proyectos de amplia diversidad temática mediante el diseño e ilustración de iniciativas culturales, educativas, de salud y capacitación en la Región del Maule, Paine, Santiago y otros lugares de Chile y el extranjero. Es docente y diseñadora de la editorial, en la Universidad Católica del Maule. Además de disfrutar de la lectura y la encuadernación, realiza tejidos en krin y fieltro, y confecciona juguetes.



TRUN

El Gonfoterio



Los gonfoterios eran animales similares al elefante, vivían en Chile central y se alimentaban de los frutos del queule.

El pequeño Trun viaja con su manada descubriendo los peligros y sorpresas que le aguardan en los caminos.



INICIATIVA PARA LA CONSERVACIÓN DE
ESPECIES AMENAZADAS
• CONOCE... AMA... PROTEGE •